

EL DISCIPULADO* (I)

Juan Stam

Resumen

El autor, con base en el planteamiento de que el “hacer discípulos” fue el eje del ministerio de Jesús, explora la naturaleza de este discipulado contrastándolo con el paradigma vigente en el contexto judío –el discipulado rabínico-. Se repasan los rasgos de lo que constituiría el discipulado a la luz de la Biblia y se esbozan las implicaciones del discipulado cristiano en el marco del señorío de Jesucristo.

Palabras Clave

Discípulos, autoridad, discipulado rabínico, discipulado de Jesús, señorío de Cristo, obediencia, compromiso.

“Al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas”ⁱ. Cuando leo este pasaje, veo a Jesús andar por el Parque Central de nuestra ciudad, entrar en la Ciudad Universitaria a la hora de cambio de clases, pasar frente al Colegio de Señoritas cuando salen las chicas y espera esa pelota de muchachos... Esa es la multitud que Jesús ve hoy, y nosotros, que nos movemos en ese ambiente, tenemos que verla con los ojos de Jesús, con el corazón de Jesús, con la compasión que Jesús les mostró. Ahí nacen el discipulado y la evangelización:

Cuando ve la multitud confusa, perpleja, perdida, Jesús no solo siente compasión sino actúa: actúa en la forma más eficaz que puede haber, que es la oración. “Rogad al Señor de la mies”, dice a su gente, “que envíe obreros a su mies”ⁱⁱ. Pero tampoco deja la oración en el aire, ¡no!, sino “a Dios

orando y con el mazo dando”. Enseguida llama a 12, los lleva al monteⁱⁱⁱ, y les da autorización para actuar con el poder: No porque ellos sean gran cosa, pues aun como apóstoles solo pocos de ellos eran “grandes” o “famosos”. Hasta hoy, la mayoría de sus nombres suenan un poco extraños en nuestros labios. Eran seres humanos como nosotros, pescadores, carpinteros, “sin letras y del vulgo” como dice Hechos^{iv}. Sí, pero son *discípulos*. Eso es lo importante. Como discípulos, ellos son la respuesta a esa oración al Señor de la mies.

En la vida de Jesús es obvio que el “hacer discípulos” fue el centro del centro”. Me atrevería a decir que no hubo aspecto de su ministerio tan importante como el discipulado. Claro, Él vino a morir por nuestros pecados y resucitar de los muertos para nuestra justificación; pero todo eso lo hizo en un fin de semana, en cuanto al tiempo

se refiere. También enseñaba, se entrevistaba con personas como Nicodemo y la samaritana, se metió en tamaños pleitos y polémicas. Pero en cuanto al tiempo que les dedicó, y en cuanto a su importancia crucial como estrategia misionera, el hacer discípulos recibió el lugar privilegiado en el ministerio de Cristo. Siempre tuvo tiempo para ellos, y a veces se retiraba “aparte” con ellos para darles su atención completa. Los formó a su imagen y semejanza y los preparó para dejar la obra en sus manos. Hacer eso fue el meollo de su ministerio. Y creo firmemente que también hoy en la labor nuestra, en la proyección de la misión de la iglesia, el hacer discípulos demanda esa prioridad.

Este pasaje (Mateo 10:1) introduce por primera vez en el relato bíblico a “sus doce discípulos”. En su sentido más amplio “discípulo” (*mathetés*, en griego) significa “adherente, seguidor” en general^v, pero de “los doce” como discípulos de Jesús, el término implica incalculablemente más. Son sus seguidores en el sentido más estricto, sus aprendices, su “socios” comprometidos con Él en vida y muerte. Más adelante, en el libro de Hechos, “discípulo” es prácticamente sinónimo de «cristiano» (o somos discípulos o no somos cristianos), y en algunos autores, como Ignacio de Antioquía, el término se usa particularmente para los mártires.

Otra observación: los evangelios sinópticos siempre hablan en plural de «sus discípulos», o algunas veces “los discípulos” (en contraste con Juan, quien casi siempre lo usa en el singular, de algún discípulo en particular. Los sinópticos *nunca* lo usan en ese sentido). El concepto era comunitario: juntos, eran «los doce». Como el antiguo pueblo de Israel se fundamentó en los 12 patriarcas, y fue constituido por 12 tribus con su territorio y gobierno, así Jesús viene a establecer su «pueblo nuevo» (el núcleo del reino nuevo) con precisa-

mente 12 discípulos-apóstoles^{vi}. Los antecedentes y sobretonos nacionales y políticos de este lenguaje nos hacen situar el discipulado dentro de la historia, inseparable de la continuada acción de Dios ahora por medio de su nuevo pueblo, como antes por medio de Israel.

Como hemos dicho, los rabinos y otros también tenían «discípulos», pero con Jesús el discipulado es totalmente diferente, mucho más profundo. Es muy aleccionador notar los contrastes entre el discipulado rabínico (si es que merece tan alto título) y el discipulado de Jesús. En hebreo (y arameo) los discípulos del rabí se llamaban “*talmadín*”^{vii}, de la misma raíz viene el nombre del *Talmud*, que es, por decirlo así, una antología de opiniones y tradiciones. Qué lejos del significado de ser discípulo del Maestro divino (entre paréntesis, el Talmud habla de los *talmadín* de Jesús de Nazareth, pero dice que eran cinco. Eso seguro para despreciarlos, y sobre todo para negar que fueran 12, como los fundadores de Israel).

(1) La primera novedad del discípulo con Jesús, en contraste con el de los rabinos, es que es Jesús mismo quien *llama* a sus discípulos para que lo sigan. Era diferente entre los judíos: el muchacho que aspiraba a ser rabí miraba la fama de un maestro y de otro, escuchaba el renombre que tenía y la tradición que representaba cada uno, y el muchacho mismo decidía: “Bueno, me impresionan la fama de Hilel, o me voy con Shamai, o Gamaliel me llama la atención a mí”. (Parece que fue así como Pablo estudió a los pies de Gamaliel, no parece que Gamaliel le hubiera dicho «sigueme», como un compromiso incondicional).

Claro, a la vez el rabí que lograra atraer a mayor número de discípulos, más grande era y más satisfecho se sentía. Según el Talmud, el propósito de cada rabí como maestro era “levantar un nú-

mero de discípulos”. Para eso, había que atraer alumnos: quizá el grupo de Jesús hubiera parecido pequeño por contraste: sólo 12, pero esos 12, como los patriarcas de Israel, eran portadores del pueblo de Dios.

Con Jesús, pues, la situación es muy diferente. Él aparece de buenas a primeras, señala a algún pescador con su dedo y le manda: «Sígueme». Y eso, que Él no es «rabino» «graduado» o «perfeccionado», como decían. Pero Él llama, y Pedro deja sus barcos, Leví deja su mesa, y todos ellos lo siguen. Por eso dice: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros... para que vayáis y llevéis fruto”^{viii}.

(2) Esto nos trae el segundo contraste; Juan 15 lo señala muy bien, con el lenguaje tan hermoso del cuarto Evangelio. «Llevar fruto» tiene dos significados, me parece: primero, compartir la vida de la vid, y segundo, realizar la obra de la vid, cumplir los propósitos del Señor. La preparación rabínica era básicamente intelectual, era aprender las tradiciones de la «escuela» para trasmitirlas también en las formas tradicionales. No era asunto de praxis, como decimos hoy día. Pero con Jesús era muy diferente. Dice en Hechos que andaba por todos lados, haciendo el bien, y ser discípulo era andar con Él haciendo bien, actuando, demostrando la presencia y el poder del Reino de Dios. Claro que enseñaba muy lindo, era muy sabio, pero lo que marca su persona y su llamado es el fruto que produce. Sus discípulos están puestos para la acción en el nombre del Señor, con poder y autoridad que ningún rabí podía compartir. Por eso el discipulado rabínico era una institución básicamente tradicionalista, defensora del *status quo*, a conservar las cosas como son, mientras que el discipulado con Jesús es un programa de acción transformadora.

(3) Esto puede señalarse en otros términos: mientras los discípulos de un rabí se relacionaban básicamente con la doctrina o la tradición del maestro, los discípulos de Cristo se relacionaban básicamente con la persona divina de su Maestro. No les dice “sigan mi doctrina”, sino escuetamente “síguenme a mí”. No apelaba constantemente a Moisés y a los padres, como hacían los rabinos, sino enseñaba con autoridad personal y propia. Y aun más, desde el principio se presentaba con una autoridad soberana que realmente solo podría pertenecerle a Dios. Por eso Él es el centro. Bien se ha dicho, “el cristianismo es Cristo”. Y cuando se nos llama a seguirlo, eso significa unirnos a Él, someternos a Él, compartir con Él su vida, su misión, su destino: su cruz. Por eso, todo discípulo es testigo (mártir).

(4) Me parece que en el discipulado rabínico, hasta donde puedo entenderlo, el maestro podría «coquetear» al «candidato» (perdónenme la caricatura), y el muchacho podría escoger al rabino, como hemos dicho, pero también luchar por merecer que el rabí lo aceptara y esforzarse para destacarse entre sus compañeros^{ix}. Todo es con base en los méritos, en el prestigio, lo que llamaríamos «las obras», tanto del rabí como del discípulo. El rabí que mejor se defiende y más brillantemente expone, es el de mayor fama y lleva más discípulos; y entre los discípulos, está la misma rivalidad (típica de estudiantes hoy día también) de ver quién es el mayor. Y si el discípulo «se enamorara» de otro profesor, o viera mayores posibilidades en otro campo, pues no hay problema: se cambia de afiliación. Resumen: ese discipulado no exigía mucho, ni ofrecía mucho.

El discipulado cristiano fue y es totalmente diferente. Es de gracia, pero no de «gracia barata», como decía Bonhoeffer. Ofrece todo, y exige todo. “De gracia recibisteis, dad de gracia”, y dad todo.

Es cierto que los discípulos discutían entre ellos respecto a quién era el mayor, pero con eso contradecían su carácter de discípulos del Siervo. “El que es mayor de vosotros, sea vuestro siervo”^x. El más grande es el que más se humilla. Jesús no dice, “toma mis tradiciones y trasmítelas”, dice: “Toma mi cruz y sígueme”.

(5) Con eso se destaca otro contraste: el discipulado al cual Cristo nos llama es gracia, como acabamos de decir, pero es gracia que *exige todo*. Hay una tremenda radicalidad en la llamada que trae Jesús. Él aparece ante una persona y le manda dejar todo, comprometerse total y radicalmente con Él, entregarse a un estilo de vida totalmente nuevo, y darse hasta la muerte misma para la causa del Señor. Jesús no deja opciones. Sus exigencias son incondicionales. Más que sólo un maestro, se presenta desde el principio como el Señor de la vida y la muerte, Señor de todo. No conozco ningún rabino que se atreviera a imponer tales exigencias absolutas, radicales. Hacerlo sería ponerse en lugar de Dios. Pero Jesús insiste en que solo así es posible seguirlo. Hay que vender todo para comprar la perla de gran precio.

(6) Otra característica del discípulo neo testamento que quizá en algo lo compartían los rabinos, ya con Jesús es cualitativamente distinta. Es la vida en comunidad. Una de las razones para que sus discípulos se decidieran a dejarlo todo, es que con Jesús todos compartían una sola vida, nadie llevaba «vida aparte». Ellos conviven completamente: andan juntos, comen juntos, se acuestan casi siempre bajo el mismo techo y se levantan a la misma hora para desayunar juntos. Tienen que «jugar el todo por el todo», y tienen que jugárselo juntos. Comparten toda una vida; viven juntos, y en efecto se mueren juntos (con Cristo). Nadie tenía derecho a «renunciar», pues ya estaba ligado a esa comunidad y a su Señor.

Entre los judíos existía algo parecido, aunque en mucho menor grado. Se llamaba KABURAH: un grupo que se comprometía con una lealtad inviolable, hasta la muerte y para «sellarlo» comían juntos periódicamente. La comida comunitaria tenía en cierto sentido carácter sacramental; sellaba el compromiso, y violarlo sería lo más vil y vergonzoso. De Judas se dice: “El que comió el pan conmigo, ha levantado su calcañar contra mí”^{xi}. Después de compartir el sacramento de la lealtad, me ha traicionado. Todo esto explica el mucho énfasis que los evangelios hacen en el comer de Jesús con sus discípulos, sobre todo después de la resurrección. No porque eran tan comilones, sino porque esa comida fraterna, ese ágape, tuvo tan tremendo significado. Era el centro de una comunidad íntima, que hoy podría compararse con algo así como una comuna, o quizá en cierto sentido una cuadrilla de guerrilleros que se comprometen tanto con una causa común, que llegan a compartir su vida y todos los riesgos y sacrificios de su causa.

(7) El último contraste, que me parece importantísimo, es que entre los rabinos el ser discípulo era como ser alumno hoy día en la primaria, la secundaria, el colegio; uno es discípulo para graduarse, y dejar de ser discípulo; uno era discípulo del rabí para «perfeccionarse»^{xii} («promoverse, graduarse») y llegar a ser «maestro», rabí, y ya no más discípulo aprendiz.

Pero los discípulos de Jesús nunca se «graduán», siguen siendo discípulos toda la vida (aunque la gente le llamaba «Rabí» a Jesús, Él tampoco se había «perfeccionado» en ninguna escuela rabínica). Uno es discípulo vitalicio, siguiendo al Maestro, hasta el día de su muerte. Nunca deja de ser «aprendiz» (uno que va aprendiendo, va formándose) para convertirse ya en «autoridad», en experto hecho y derecho. De la

escuela de Jesús nadie se gradúa. Aun como «apóstoles» los 12 no dejan de ser «discípulos». Son “los que siguen al cordero”^{xiii}, según Apocalipsis.

Creo que este es el sentido de Mateo 23:9: “No llaméis padre vuestro a nadie en la tierra”. Todo el contexto habla de aquella autoridad incuestionable, y la soberbia profesional de los rabinos. Cómo se alegran cuando la gente les saluda en la calle con “rabí, rabí” (v.7). El discípulo de Cristo no debe considerarse rabí (v.10). No es que sea mala en sí la palabra «padre»; de hecho, San Pablo se describe como «padre» que ha engendrado a sus «hijos» en la fe; eso está claro en I Corintios 4:15 y otros pasajes. Pero tampoco San Pablo pretendía ser «padre» en el sentido de la tradición rabínica, como autoridad incuestionable en materia doctrinal. Cristo es el único Maestro, y todos somos sus discípulos. Nadie más puede ser «raboni», o padre, o «maestro grande». Como decían los teólogos antiguos, todos somos los «párvulos» del Señor.

PERFILES DEL DISCÍPULO BÍBLICO

Marcos 1.16-20

Jesús era un hombre del pueblo, hombre de plaza pública y no de claustro o de cátedra académica (que también pueden tener su valor). “Andando junto al mar, *vio* a Simón y Andrés... Pasando de allí un poco más adelante, *vio* a Jacobo y a Juan”^{xiv} Así eran la mayor parte de las decisiones de Jesús y los grandes momentos en su vida: siempre metido entre la multitud, en medio de la realidad humana, viéndola y comprendiéndola. Vean por ejemplo Mateo 9:35, antes de nombrar a los 12, o Marcos 8:27, antes de la confesión de Pedro. Karl Herрман Schelkle, en su libro *Discípulos y Apóstoles* (Herder: 1965, pp. 15-16)

muestra el profundo significado del *ver* del Señor como obra creadora de Dios^{xv}, y después de su palabra al llamar^{xvi}. El discipulado es acto y creación de Dios, dice Schelkle^{xvii}. Los ve en el lugar de su diario vivir, fija su mirada en ellos, y así los señala para una vocación de discipulado.

Al encontrarlos, Jesús se dirige a ellos sin prefacios ni prólogos, con voz *imperativa*: “*Síganme*”, punto. No les suplica, no pretende disuadirlos, no les da veinte mil razones y argumentos; les manda: el lenguaje del discipulado es el modo imperativo, el mandamiento, la voz del Señor. Esa voluntad viene con voz de mando: no deja opciones, solo obedecer o desobedecer. Bonhoeffer, en su *Costo del discipulado*, dice que cuando Cristo manda, la única respuesta es la obediencia inmediata. Pero somos muy vivos para evadirlo, dice Bonhoeffer, y nos ponemos a discutir el mandamiento, muy seria y solemnemente: “¿Pero maestro, quién es mi prójimo? ¿Y qué significa «amar»? ¿Cómo sé que es Cristo quien me está hablando? ¿No debemos formar un comité (ojala de teólogos) para estudiar este asunto?” En esa forma hacemos una maraña de teorías y definiciones y condiciones, y al fin no obedecemos el mandamiento, que era lo único que importaba. Nos sentimos satisfechos con haberlo comentado, discutido, interpretado.

Sólo Cristo puede ser Señor en la comunidad de fe; los demás somos todos discípulos, que no podemos «mandar» al otro condiscípulo sino juntos obedecer al Señor. Hoy Cristo revela su voluntad a la comunidad mediante el Espíritu que nos envió. Cuando la congregación de Jerusalén estuvo frente a una decisión de gran urgencia e importancia, según Hechos 15, todos expusieron sus opiniones, consultaron las Escrituras, y oraron al Señor. Cada uno expresó su propio criterio («yo juzgo», 15:19), hasta llegar al consenso de

un criterio compartido (“pareció bien a todos”, 15:22). En ese proceso, estaban tan seguros de la dirección comunitaria del Señor que pudieron decir: “Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros” (15:28, *Biblia de Jerusalén*). La sola autoridad de Jesús el Señor, por medio del Espíritu en la comunidad, logró un proceso de decisión admirablemente participativo.

“Y dejando todo, lo siguieron”. Cristo exige la acción más drástica, la obediencia más radical: ¡dejar todo para ir tras Él! Me imagino la sorpresa en casa aquel día cuando Pedro anuncia a la esposa, suegra y demás familiares que los va a dejar. Tal fue la autoridad de la Palabra, y la radicalidad del mandamiento. ¡Con sólo un encuentro y una palabra basta!^{xviii} Es muy posible también que Jesús les hubiera dicho algo más que las palabras escuetas del texto aquí, pero lo único importante fue el mandamiento: “Sígueme” No hay necesidad de dar pruebas, textos del Antiguo Testamento y demás adornos; el mandamiento es todo el asunto. Una sola palabra de Jesús basta para cambiar toda la vida de cualquier persona.

El verbo «seguir», al lado del sustantivo «discípulo», es el otro término definitivo del discipulado. El discipulado es seguimiento, es andar detrás de Él. En el mundo antiguo el discípulo andaba literalmente detrás de su maestro, como también el niño detrás de su padre, la esposa detrás del esposo, el esclavo detrás de su amo, y el soldado detrás de su oficial militar. Ni la esposa andaba al lado del esposo, sino atrás (¡qué pena!: ¿cómo van a andar los novios, entonces?). Yo entiendo que eso era como regla general, lo típico, pero supongo que había excepciones también De todos modos, capto de los evangelios que Jesús solía andar al lado con sus discípulos, junto con ellos. Sólo en ciertas ocasiones señala el Evangelio que “Jesús iba adelante”^{xix}, como cuando iba hacia Je-

rusalén para su muerte. Él va adelante para tomar su cruz, nosotros tomamos nuestra cruz y le seguimos, en pos de Él, en el *vía crucis*.

En muchos de los relatos evangélicos la relación con Cristo comienza con ese verbo en imperativo, “sígueme”. Es la primera palabra, y es la última palabra del Señor también. Al mismo Pedro, a quien Cristo llama en este pasaje, el Maestro le vuelve a decir después de la cruz (cuando “Pedro le seguía de lejos”), a orillas del lago, y dos veces, “sígueme tú”^{xx}. Él nos vuelve a llamar una y otra vez. Y no importa cuál sea la voluntad del Señor para el otro, cada uno tiene que andar el camino de la voluntad particular del Señor para sí mismo. “¿Qué a ti? Sígueme tú”^{xxi}. Esto muestra otra vez la centralidad del discipulado. Ser cristiano es ser discípulo, es seguirle a Él. Es ser discípulo, para hacer discípulos (la última palabra el Señor según Mateo).

Marcos 2.13-17

El segundo pasaje del discipulado, muestra las mismas características. Ahora es un publicano, Leví —un hombre despreciado, traidor y colaboracionista con las fuerzas imperialistas de Roma. Jesús lo encontró como a los cuatro antes, en su lugar de trabajo. Le dice, otra vez sin más prefacio: “Sígueme”, y Leví obedece en el instante.

Otra vez aquella gracia que ofrece todo y exige todo. Al parecer Jesús no le pide a Leví vender su casa, como mandó al joven rico^{xxii}, pero sí el seguirlo^{xxiii}. La voluntad del Señor, su mandamiento para el discípulo, es particular, concreta y específica para cada uno. El joven rico tiene que deshacerse de todo, porque la riqueza ejerce poderío sobre él como una idolatría. Leví se queda con su casa (aunque la deja, para andar con Cristo), pero tiene que hacer algo quizá más difí-

cil: poner su casa a la orden del Señor, invitar a toda esa gente que era su mundo, publicanos y pecadores, y ofrecerles una gran comida para que conozcan al Señor. Eso también es discipulado.

El discipulado suele ser controversial y conflictivo, y su primer acto de obediencia le enredó a Leví en una situación difícil. Dos grupos sociales se confrontaron: «Publicanos y pecadores» por un lado, «escribas y fariseos por el otro». Y Jesús esta con los primeros. Parece que fue bueno el banquete, también, y que a Jesús le gustó bastante. Más adelante esos escribas y fariseos lo llamaron “un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores”^{xxiv}. Eduard Schweitzer señala que esa frase, “glotón y bebedor”, se basa en la acusación que debían hacer ante los ancianos los padres de un hijo “contumaz y rebelde... glotón y borracho”, a quien todo el pueblo había de apedrear^{xxv}. Pero lejos de ser el hijo rebelde, es el Hijo obediente, el Siervo del Señor –y el amigo de los pecadores. El camino del discipulado nos puede llevar a situaciones muy extrañas y a asociarnos con personas no siempre bien vistas por la «buena gente».

Marcos 3.13-19

Veamos un último pasaje, paralelo a lo que hemos visto en Mateo 10. Marcos 3 indica claramente el triple propósito del discipulado:

- 1) “para que estuviesen con Él”
- 2) “y para enviarlos a predicar”
- 3) “y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios”.

La primera finalidad, y la primordial, es la comunicación personal con Jesucristo. Por supuesto fue como algo muy literal, formaron una especie de “comuna” con Él. Lo conocían como uno conoce a los de su familia. Con Él confrontaban las

muchas decisiones de una vida comunitaria, sobre todo en el camino arriesgado y turbulento de su ministerio. Lo veía cuando estaba cansado, ¡hasta dormido! Cuando ellos tenían hambre, Él también tenía hambre, y juntos se sentaban a la mesa. Aprendieron no sólo de los discursos de Él, sino de la conversación casual que llena las horas del día, y de los comentarios pasajeros, a veces casi instintivos, frente a las innumerables situaciones de la vida. Aprendieron de su forma de reaccionar a las experiencias de la vida, de su manera de orar en la mesa^{xxvi}, de su trato con las mujeres, con los extranjeros y con los pecadores- todo fue escuela para ellos.

Aunque físicamente Cristo no anda con nosotros, con todo, estamos también llamados “para que estemos con Él” –quizá en un sentido aun mayor y superior^{xxvii}, San Pablo expresa lo mismo en otros términos^{xxviii}.

También los llamó, y nos llama, para la proclamación de un mensaje. Los llamó, asimismo, para enviarlos al pueblo y al fin del mundo; el discipulado es en orden al apostolado. Y los envía para proclamar (el griego implica, como heraldos) su venida, su persona, su Reino.

Finalmente, los llamó para enviarlos a vencer demonios^{xxix} y a “sanar toda enfermedad y dolencia”^{xxx}. La posesión demoníaca y la enfermedad eran los síntomas del viejo orden de cosas, o mejor dicho, del viejo desorden, de la degeneración y el deterioro que nos llevan desde la cuna hasta la tumba, del cansancio y fatiga que introdujo el pecado, de las fuerzas diabólicas que oprimen a la gente. ¡Pero el Reino de Dios ha venido! Los poderes que da el Señor son las señales del Reino nuevo que Cristo ha traído. Hay un famoso artículo de Oscar Cullman que se titula, “La sanidad como liberación proléptica (o anticipada) del

cuerpo”. No sólo el alma se redime, sino la persona entera, y en su significado final el triunfo de Cristo se extiende al ser humano completo y a todo el cosmos^{xxxi}. Es victoria sobre todos los demonios y todas las fuerzas opresoras en todas sus formas y en toda su expresión.

Personalmente, no tengo ningún problema en reconocer la realidad de demonios y del diablo como fuerza real que en alguna forma es “personal” (para ser tan caprichoso y malévolo, no podría ser “impersonal”), pero creo que esas fuerzas opresivas se manifiestan en muchas formas menos dramáticas y más reales quizá: niños que nacen en un prostíbulo y se van criando deformados moral y espiritualmente —¡y cuantas cosas más! (este lado de lo demoníaco se describe bastante bien en el libro *Esos poderes rebeldes*, por Van den Huevel). Pero con la venida de Cristo, están condenados a la derrota, están vencidos. San Pablo, más que cualquier otro autor en el Nuevo Testamento, proclama jubilosamente que Jesucristo es el Rey de reyes y Señor de todas aquellas fuerzas hostiles.

El discipulado hoy día, entonces, es el haber convivido con Él (y seguir haciéndolo) de tal forma que nuestro modo de ser y vivir, nuestros actos y nuestras palabras, proclamen que Él es Señor y Redentor de los hombres. Nuestra vida —en discipulado encarna de nuevo esa gran realidad que Él ha traído, y proclama a voz en cuello que ¡Él reina!

Un pasaje interesante ilustra cómo este discipulado, con sus tres notas, se manifestaba en la iglesia apostólica después del Pentecostés. En Hechos 4, los apóstoles Pedro y Juan habían sanado a un enfermo por el nombre del Señor^{xxxii}; proclamaban que “en ningún otro nombre hay salvación”^{xxxiii}, y que todos reconocían que a pesar de ser “hombres sin letras y del vulgo”, era evidente que “habían estado con Jesús”^{xxxiv} □

—Juan Stam, B.A., M.A., Ph.D.

El doctor Stam, estadounidense por nacimiento y costarricense por adopción, tiene una larga trayectoria en la docencia en importantes instituciones de educación teológica en América Latina. Al mismo tiempo, su participación como expositor en decisivos eventos de reflexión teológica, lo han ubicado como uno de los pensadores cristianos de marcada influencia sobre varias generaciones de ministros cristianos en Latinoamérica. Es miembro de la Fraternidad Teológica Latinoamericana. Junto a su esposa Doris, vive en Costa Rica, desde donde continúa su ministerio docente por medio de talleres, predicaciones y cursos especiales.

(*) Esta ponencia fue una charla popular para un campamento de universitarios centroamericanos en Roblealto, Costa Rica, 1975. Hemos conservado el estilo conversacional del original, junto con su visión bastante negativa del discipulado rabínico, aunque en los años siguientes el autor llegó a sentir un gran aprecio por el pensamiento de los rabinos, a quienes cita en varios de sus libros.

El presente trabajo ha sido tomado, con previa autorización del autor, de: Piedra, Arturo (Ed.) (2004). **Haciendo teología en América Latina: Juan Stam un teólogo del camino**. Guatemala: Misión Latinoamericana/Visión Mundial/Fraternidad Teológica Latinoamericana/Universidad Bíblica Latinoamericana, pp.212-226. Se han hecho algunos retoques editoriales de forma para adaptar el material al estilo de la revista.

Recomendamos otros trabajos del autor que se pueden leer en: <http://www.juanstam.com>

Referencias bibliográficas

- i Mateo 9: 36^a
Mateo 9:38
- iii Marcos 3:13
- iv Hechos 4:13
- v Cf. Lucas 6:17, 19:37; Juan 6:60, 66; de los discípulos de Juan el Bautista, Juan 1:35; discípulos de los fariseos, Marcos 2:18 y de Moisés Juan 9:28
- vi Cf. Efesios 2:20, Apocalipsis 21:12-14

- vii Cf. Isaías 8:16
- viii Juan 15:16
- ix cf. lo que dice Pablo en Gálatas 1:14, “yo aventajaba a muchos de mis contemporáneos” –«saqué las mejores notas».
- x Mateo 23:11, cf. Marcos 9:33-37
- xi Juan 13:18
- xii Lucas 6:40
- xiii Apocalipsis 14:4
- xiv Marcos 1:16, 19
- xv Génesis 1:4, 10, 12ss.
- xvi Génesis 1:3-2.3: “Dios dijo, y lo llamó...”.
- xvii Schelke explica también muchos de los contrastes con los discípulos de los rabinos.
- xviii Aunque San Juan narra un encuentro de Jesús con Andrés, Juan, Jacobo y Pedro, Juan 1:35-42, que parece ser anterior a esta llamada que relata Marcos, lo importante es que los sinópticos –Marcos, Mateo y Lucas– no hacen ninguna referencia a ningún conocimiento previo de ellos con Jesús.
- xix Cf. Marcos 10:32
- xx Juan 21:19, 22
- xxi Juan 21:22
- xxii Marcos 19:16ss.
- xxiii Mateo 19:21, Marcos 10:21
- xxiv Mateo 11:19, Lucas 7:34
- xxv Deuteronomio 21:18-21
- xxvi Lucas 24
- xxvii Juan 14:12, 16:7.
- xxviii 1 Corintios 1:0, Filipenses 3:10
- xxix Marcos 3:15, Mateo 10:1
- xxx Mateo 10:1
- xxxi Colosenses 1, Romanos 8
- xxxii cf. Hechos 3:1, 12-16; 4:10
- xxxiii Hechos 4:12
- xxxiv Hechos 4:13